

¿Con qué diccionario viaja Juan José Millás por las palabras?

José A. Pascual
Instituto Cervantes de París

En el siguiente artículo se observa el empleo de algunos repertorios lexicográficos hispánicos, ya tradicionales, por parte de un escritor -Juan José Millás- para construir una columna periodística en la que, como en un juego, transita por un diccionario indeterminado, genérico. El uso de estas obras permite observar un conocimiento profundo de los diccionarios de parte del escritor y, en ocasiones, ironías sobre algunos problemas metodológicos que enfrenta e intenta salvar la lexicografía.

Juan José Millás publicó el día nueve de noviembre de mil novecientos noventa y dos, en la última página de *El País*, una breve columna titulada "Palabras"; narraba en ella un curioso recorrido a través de un diccionario, del que proporcionaré dos versiones, respetando escrupulosamente el original en la primera y tratando de organizarlo en la otra, diferenciando por medio de recursos meramente tipográficos las partes descriptiva¹ y narrativa² del texto.

¹ La parte descriptiva está organizada por medio de letras mayúsculas; de la A a la D y se presenta en líneas centradas; la parte narrativa se organiza por medio de números; del 1 al 8.

² Me sirvo de las versalitas para indicar los verbos de movimiento, para que se vea con claridad el cuidado que pone J. J. Millás en evitar repetirse al utilizar este tipo de verbos, en un texto en el que la mayor parte de las acciones son de movimiento. El subrayado lo empleo

Texto sin estructurar

Estaba cansado, llovía. Decidí darme una vuelta por el diccionario. Entré por la O, atravesé obedecer, obelisco y óbito, y me detuve un rato en obsesión. Me enteré de que una obsesión es una idea fija que ofusca el entendimiento. Giré hacia mi derecha en obtuso, atravesé occisión y océano y dirigí mis pasos a ofuscar. Las temperaturas continuaban descendiendo. Tropecé en ofertorio y en oftalmoscopio, que es un aparato que sirve para mirar el ojo por dentro, pero enseguida vi ofuscar detrás de ofuscación; consiste en trastornar el entendimiento. Con las ideas confundidas, salí de allí, di un salto y me planté en la V; pasé sin detenerme por venera, venerable y venéreo para alcanzar ventana: se trata de una abertura más o menos elevada sobre el suelo, que se deja en una pared para dar luz y ventilación. Me asomé a la abertura; afuera llovía sin pasión, pero sin pausa, como un niño que ha llorado muchas horas sin ser atendido. Una ráfaga de aire arrancó a un árbol de siete hojas que cayeron al suelo como manos inútiles, incapaces ya de acariciar o ser acariciadas. Los transeúntes las pisaron sin mirarlas.

Texto estructurado

[A] Estaba cansado, llovía. Decidí DARMÉ UNA VUELTA POR el diccionario.

[1] ENTRÉ POR la O, ATRAVESÉ **obedecer, obelisco y óbito**, y ME DETUVE un rato EN **obsesión**. Me enteré de que una **obsesión** es una *idea fija que ofusca el entendimiento*.

[2] GIRÉ HACIA mi derecha EN **OBTUSO**, ATRAVESÉ **occisión y océano** y DIRIGÍ MIS PASOS A **ofuscar**.

[B] Las temperaturas continuaban descendiendo.

[3] TROPECÉ EN **ofertorio** y EN **oftalmoscopio**, que es un *aparato que sirve para mirar el ojo por dentro*,

[4] pero enseguida vi **ofuscar** detrás de **ofuscación**; consiste en *trastornar el entendimiento*.

[5] *Con las ideas confundidas*, SALÍ DE allí, DI UN SALTO y ME PLANTÉ EN la **V**; PASÉ sin detenerme POR **venera, venerable y venéreo** para ALCANZAR **ventana**: se trata de una *abertura más o menos elevada sobre el suelo, que se deja en una pared para dar luz y ventilación*. ME ASOMÉ a la abertura;

para mostrar cómo el novelista traduce el conectivo que en un diccionario aparece entre el lema y la definición. Las negritas destacan los lemas, y la cursiva, la parte del texto que se ha tomado de definiciones del diccionario.

Abandoné ventana, di la vuelta y comencé a correr en dirección contraria. Como iba con los ojos cerrados di con muela y me caí. Averigüé que la muela cordal, también llamada del juicio, es la que nace en la edad viril en las extremidades de las mandíbulas. Me acerqué un momento a viril y allí un funcionario me remitió a varonil. Cuando llegué estaban a punto de cerrar, pero pude averiguar que varonil es lo relativo o perteneciente al varón. Deduje que las mujeres carecen de muela cordal. Asqueado por esta muestra de machismo-alfabético, abandoné el diccionario por la palabra tímido, hice transbordo en túnel y salí al primer tomo de mi enciclopedia favorita. Caí directamente en andrópolis, que significa cementerio. Llovía. Busqué tu tumba y la mía, nuestra tumba, pero aún no habíamos llegado.

[C] afuera llovía sin pasión, pero sin pausa, como un niño que ha llorado muchas horas sin ser atendido. Una ráfaga de aire arrancó a un árbol de siete hojas que cayeron al suelo como manos inútiles, incapaces ya de acariciar o ser acariciadas. Los transeúntes las pisaron sin mirarlas.

[6] ABANDONÉ **ventana**, DI LA VUELTA y COMENCÉ A CORRER en dirección contraria. Como iba con los ojos cerrados DI CON **muela** y ME CAÍ. Averigüé que la **muela cordal**, también llamada **del juicio**, es la que nace en la edad viril en las extremidades de las mandíbulas.

[7] ME ACERQUÉ un momento a **viril**, y allí un funcionario ME REMITIÓ A **varonil**. Cuando LLEGUÉ estaban a punto de cerrar, pero pude averiguar que **varonil es lo relativo o perteneciente al varón**. Deduje que las mujeres carecen de muela cordal. Asqueado por esta muestra de machismo-alfabético, ABANDONÉ el diccionario POR la palabra **tímido**, HICE TRANSBORDO EN **túnel** y

[8] SALÍ AL primer tomo de mi enciclopedia favorita. CAÍ directamente en **andrópolis**, que significa cementerio.

[D] Llovía. Busqué tu tumba y la mía, nuestra tumba, pero aún no habíamos llegado.

1. JUGAR CON EL DICCIONARIO

Con la decisión de quien hubiera salido del bosque en el que las cosas carecen de nombre³, se introduce Millás por un laberinto⁴ de palabras en forma de diccionario, rodeado de un mundo presente a través del tiempo meteorológico. La vida que late entre el viento, la lluvia⁵ y la melancolía contrasta claramente con la realidad del diccionario, de la que finalmente escapa el escritor para refugiarse, paradójicamente, en el cementerio⁶. Ese salto final con que se acoge al abrigo de la tristeza podría ser la última razón –al menos aparente⁷– por la que se hubiera escrito este artículo; aunque tal huida podría ser también una simple circunstancia dentro de esta pequeña ficción. Pero es un asunto que me interesa menos que la pasión que Millás demuestra tener por la gramática y el diccionario, que comparte además con no pocos de sus colegas. No es ésta, en efecto, la primera vez que los repertorios gramaticales y lexicográficos sirven a un escritor para sus fines: en 1868 publicó Benito Pérez Galdós una curiosa fábula –*La conjuración de las palabras*⁸– en la que éstas se rebelan contra

³ Cf. L. Carroll: *A través del espejo y lo que Alicia encontró al otro lado*, Madrid: Alianza Editorial, 1978, 2ª ed., pp. 59-78.

⁴ No es casual que J. J. Millás convierta el diccionario en un laberinto, que es como G. Benrekassa caracteriza las enciclopedias ordenadas alfabéticamente que surgen en la Ilustración: "l'ordre nécessaire ne dérobe au sujet une liberté périlleuse et précaire dans l'itinéraire du savoir; jamais dans l'article, l'ordre n'étouffe le privilège d'une écriture philosophique qui découvre son objet, étape après étape, tout comme le chercheur du labyrinthe ne dispose jamais par anticipation des solutions futures, mais doit se lancer dans des combinaisons de choix successifs", *Le langage des lumières. Concepts et savoir de la langue*, París: PUF, 1995, p. 236.

⁵ Cf. "Me llevé el libro a casa y me acosté con él. No había parado de llover en toda la tarde y yo estaba lleno de efectos secundarios y de sensaciones febriles", J. J. Millás, *El País*, "Babelia", 2.12.95.

⁶ La muerte le sirve a J. J. Millás para cerrar otros textos: "La mosca responsable de esta columna lo sabía bien: acaba de morir sobre una tecla, de manera que cierro sobre ella, respetuosamente, la tapa de mi ordenador, como si fuera el ataúd que la naturaleza no me da. Buenos días tristeza", J. J. Millás, *El País*, 2.9.94, p. 52.

⁷ No me hago la menor ilusión de mi capacidad de crítico para poder desentrañar los motivos por los que se escribe un texto. Coincido con Juan Benet (*Cartografía personal*, Valladolid: Cuatro, 1997, p. 111) en que el mejor crítico es el propio escritor, que es quien mejor sabe de dónde ha salido todo.

⁸ Publicada en *Torquemada en la hoguera. El artículo de fondo. La mula y el rey. La pluma en el viento. La conjuración de las palabras. La princesa y el granuja. Junio*, Madrid: Administración de la Guirnalda y Episodios Nacionales, 1889, pp. 209-212. Existe una edición reciente y accesible de esta obra que no tengo a mano en el momento de redactar este trabajo.

la gramática y el diccionario, si bien la intención de Galdós va más allá del aparente juego que a primera vista parece tener esa narración; Ramón Gómez de la Serna tomó del diccionario los materiales que le permitieron construir sus divertidos “Letras y números”⁹; Pedro Salinas, Joaquín Casaldueiro y Enrique Díez-Canedo escribieron en 1942, en Middlebury, *Doña Gramática*, un juguete cómico que debía representarse al final de un curso de verano¹⁰; el propio Millás dedicó una columna a “Escribir”¹¹, cuya intención se acerca mucho más a la galdosiana de jugar con la gramática, y otra al “Feliz año”, de cuya obsesión por la morfología y sintaxis dará una idea el siguiente pasaje:

Por la noche, cuando dieron las doce, mientras los amigos lanzaban al aire confetis, yo tiré las letras, desprovistas de morfología y de sintaxis, con la alegría del que tira su vida por la ventana. Y es que el periódico de mi vida estaba en blanco, y los titulares de la primera página eran, por fin, responsabilidad mía. A las letras y a la vida les quitas la sintaxis y es como si le quitaras el espinazo a un animal o le practicaras al año un agujero en uno de sus extremos y le sacaras con unas pinzas la sustancia de las semanas y los meses: el año se encogería y a lo mejor en enero hacía calor, y en julio frío¹².

Tan obsesivo es este universo de ficción, que muchas veces ha quedado atrapado en él, dentro de un paréntesis:

Recorría distraído un texto sobre la existencia cuando perdí pie y caí en el interior de un paréntesis al que llegaba sin problemas la luz de la oración principal, pues no era muy profundo. Avancé seguro de reconocer el camino, pero me extravié en una subordinada, y al decidir volver sobre mis pasos rodé a un segundo nivel donde no se veía nada. Se trataba de uno de esos paréntesis con sótano, un poco laberínticos, en los que cuanto más te acercas al final, más te alejas de su sentido. Encendí el mechero e intenté reconocer las características

⁹ R. Gómez de la Serna: *Greguerías*, ed. de R. Senabre, Madrid: C.E.G.A.L. 1988, pp. 55-59.

¹⁰ P. Salinas, J. Casaldueiro, E. Díez-Canedo y otros: *Doña gramática. Juego cómico en ocho escenas y un proscenio para estudiantes de español*, ed. de E. Quintana, Barcelona: Difusión, 1996.

¹¹ J. A. Millás, *El País*, 28.5.95.

¹² J. A. Millás, *El País*, 31.12.93. Son muchos los textos de Millás en los que juega con la morfología y sintaxis; tengo a mano el siguiente: “Para los dos resultó una novedad enfrentarse al cónyuge por un costado diferente al habitual [...] Esa madrugada hicieron el amor con una torpeza morfológica llena de hallazgos sintácticos, de manera que al levantarse decidieron extender el cambio a otros ámbitos de la existencia”, *El País*, 26.3.99.

gramaticales de la caverna, que eran muy familiares, por lo que pensé que, si conservaba la serenidad, encontraría el camino de regreso.

Tres semanas más tarde, sin embargo, continuaba en el mismo sitio y me había adaptado a esa forma de existencia que era como vivir en un inciso. Después llegaron otras personas que se habían colado por la misma abertura y nos pasábamos el día hablando a oscuras de lo que se había producido allí¹³.

Mientras que otros personajes —¡qué personajes!— han llegado a sobrepasar a la sintaxis, para recorrer de cabo a rabo un libro:

Hay un insecto microscópico, el lepisma, también llamado por su aspecto pececillo de plata, que vive en los libros [...] Surcando las páginas como si fueran láminas de aguas sucesivas. Puede alojarse indistintamente en un volumen de Kafka o de Flaubert, de Melville o Poe, sin que el grado de salinidad de escrituras tan diferentes afecte a su organismo. El lepisma navega, pues, en la masa de papel recorriendo títulos, textos y texturas [...] Quizá el universo no sea más que un gigantesco libro que alguien lee con pasión mientras nosotros, sus lepismas, navegamos por él pese a ignorar su sintaxis¹⁴.

Estamos ante un auténtico género periodístico que nuestro escritor ha cultivado en varios artículos, como “La cosa”, “El viaje” o “La tiza”¹⁵ y en un libro reciente, *El orden alfabético*¹⁶, que resulta una consecuencia explicable de todos estos paseos por las letras, las palabras y la sintaxis. A este género pertenecen también artículos, como los siguientes de Joaquín Vidal¹⁷: la “Mano” o la “Palabra”; de Arcadi Espada¹⁸: “Titulados” y “España incólume”; de Joan Barril¹⁹: “El pronombre”; de Eduardo Haro Tecglen: “El galletazo” o “Sobre un sufijo”²⁰; de Manuel Vázquez Montalbán²¹: “La o”; de Bernardo Atxaga: el “Alfabeto francés en honor Jorge Luis Borges”²²; y “Divagaciones”, de Javier Tomeo²³.

¹³ J. J. Millás: “Nos gusta”, *El País*, 13.2.98, p. 72.

¹⁴ J. J. Millás: “Oración”, *El País*, 5.6.98.

¹⁵ J. A. Millás, *El País*, 18.3.94, 26.9.97 y 24.4.98.

¹⁶ J. J. Millás: *El orden alfabético*, Madrid: Alfaguara, 1998.

¹⁷ J. Vidal, *El País*, 28.7.91 y 13.10.92.

¹⁸ A. Espada, *El País*, 7.4.94 y 7.10.93.

¹⁹ J. Barril, *El País*, 15.10.93, p. 67.

²⁰ E. Haro Tecglen, *El País*, 16.11.93 y 29.7.97.

²¹ M. Vázquez Montalbán, *El País*, 1.5.95.

²² Lo conozco en la versión en castellano hecha en *Diario 16*, 17.9.94, pp. iv y v de “Culturas”. En *Etiopía*, Bernardo Atxaga hace alusiones refinadísimas, tanto a la gramática (“Ixiltasunaren palazioari hautsi zaio / Beridura: girnaldak adjetibo kalifikatiboentzat”: ‘Al

2. ¿A QUÉ DICCIONARIO ACUDE MILLÁS?

Darse una vuelta por el diccionario, dicho así, como si de un puro género se tratara, es un imposible del mismo tipo que leer la novela, vista también como género, sin descender a unidades concretas, tan diferentes como son *Peau de chagrin*, *Doktor Faustus*, *Mastro Don Gesualdo* u *O crime do Padre Amaro*. Igual que existen distintas novelas, existen distintos diccionarios, no un diccionario único, quintaesencia de los demás, que sea una versión lexicográfica del mundo en forma de libro ordenado alfabéticamente, a la manera como lo concebía Belarmino, aquel zapatero que ejercía de filósofo en una novela de Ramón Pérez de Ayala²⁴. De entre los distintos diccionarios del español, algunos escritores, como Mario Benedetti²⁵ o Francisco Umbral²⁶, han mostrado su predilección por el de María Moliner; preferencia en que les acompaña el propio Millás:

palacio del silencio se le han roto/ las vidrieras: guirnaldas para los adjetivos calificativos”), como al diccionario (“Eta harearen artean zuek ere gutun / Horituak erloju / Hautsiak / Hiztegi liliputiarra”: ‘Entre la arena también vosotros rotos / Relojes cartas / Amarillentas diccionario / Liliputiense...’).

²³ J. Tomeo, “Divagaciones a propósito de la letra A”, *ABC*, 18.10.94, p. 22; “Divagaciones a propósito de la letra B”, *ABC*, 16.12.94, p. 20; etc.

²⁴ Las siguientes ideas no hubieran extrañado en Belarmino: “Aseguré [J. J. Millás] que la autopsia es un relato corto y el historial médico, una novela, y se mostró partidario de publicar las autopsias de los personajes famosos”, K. Marín, *El País*, 2.5.99, “domingo”, p. 14.

²⁵ “A partir de la reciente cumbre de Bahía, fuimos informados de que el asedio norteamericano a Cuba ya no es implacable *bloqueo*, sino sutil *embargo*. Como una y otra palabras poseen varios significados, todo depende de cuál elijamos para la ocasión. Puede que los mandatarios reunidos en Bahía se enteraran de que *bloquear* es, por ejemplo, “detener o interceptar algo para que no llegue al sitio a donde va dirigido; por ejemplo, una pelota o una emisión de radio”, y *embargar* es, verbigracia, “cautivar o embelesar a alguien una cosa que le causa mucho placer”. (Estas definiciones constan, junto a otras menos cautivantes, en el diccionario de María Moliner)”, M. Benedetti, *El País*, 27.8.93, p. 10.

²⁶ F. Fernán Gómez: “... Paco es un número uno en lo suyo, pero a lo mejor es de los que tú dices que no consultan el Espasa”; E. Haro Tecglen: “Es un hombre que se puede sorprender de que consultes los diccionarios”; F. F. G.: “En un artículo reciente decía que consultaba mucho el Moliner: “Yo consulto mucho a doña María”, y por eso pensaba yo con qué criterio escriben los periodistas de ahora, porque puede haber muchos lectores de *El Mundo* que piensen que Umbral consulta a una amiga suya, una tal doña María”, D. Galán: *La buena memoria de Fernando Fernán Gómez y Eduardo Haro Tecglen*, Madrid: Alfaguara, 1997, pp. 301-302.

Nunca sentí que me concernieran sus oscuras actividades [de la Academia], ni siquiera cuando me aficioné a los diccionarios, pues siempre preferí el de María Moliner, que me parece que no entró en la Academia por mujer y por sabia, dos condiciones históricamente incompatibles, y quizá aterradoras, para aquellos señores²⁷.

Afirmaciones como éstas no requieren la condición de veracidad que es exigible a las opiniones de los políticos, pues el ámbito de la literatura –más interesada por la eficacia expresiva que por la verdad– tiene muy poco que ver con el de las declaraciones juradas; por ello resulta explicable que Millás mostrara el contraste que supuso que doña María no ingresara en la Academia, con el hecho tan positivo de la elección de Antonio Muñoz Molina. Del mismo modo, en lo que respecta a las enciclopedias, el novelista se refiere indirectamente a su favorita, la Espasa, donde encuentra una determinada palabra por la que se siente atraído²⁸: *antrópolis* –no logro entender la razón de por qué la disimula en *andrópolis*–; y, sin embargo, igual que en el caso del diccionario de María Moliner²⁹, dista mucho el autor de mantenerse siempre lexicográficamente fiel, pues no recurre a la Espasa cuando en otra ocasión ha de definir *ácaro*³⁰.

El hecho es que Millás acude en un par de ocasiones al diccionario de María Moliner mientras escribe el presente texto, si bien es otro el diccionario que le sirve de fuente. Basta para mostrarlo con comparar las siguientes definiciones dadas por el novelista (que se presentan en la primera columna) con las que da este diccionario (en la segunda); y con las del diccionario de la Real Academia Española³¹ (que se presentan en la tercera):

²⁷ J. A. Millás: “La Academia”, *El País*, 16.6.95, p. 80.

²⁸ El escritor muestra sus preferencias por algunas palabras: “unas palabras me gustan más que otras: *vermiforme*, por ejemplo, me encanta”, J. J. Millás: “Mecánica popular”, *El País*, 3.8.94, p. 10.

²⁹ M. Moliner: *Diccionario de uso del español*, Madrid: Gredos, 2 vols., 1990.

³⁰ “Los ácaros son unos bichos muy pequeños, de cuerpo discoide y globuloso, que tienen la cabeza pegada al tórax y un abdomen hinchado. Como pertenecen a la familia de los arácnidos, están provistos de cuatro pares de patas peludas en forma de estilete. Su respiración es traqueal o cutánea, según los casos, y están atravesados por un tubo recto, en cuya parte terminal hay unos conductos excretores. Al ser parásitos, poseen un aparato bucal destinado a la succión bastante desarrollado”, J. J. Millás: “ácaro”, en: *Algo que te concierne*, Madrid: El País-Aguilar 1995, p. 205.

³¹ Real Academia Española: *Diccionario de la lengua española*, 20ª ed., Madrid: Espasa-Calpe, 1984. Difícilmente podría haber servido de base la edición siguiente, la 21ª, de 1992, tratándose de un artículo publicado ese mismo año. Abonaría la posibilidad de que se hubiera servido de la 20ª edición el hecho de que, siendo la única de este siglo que consta de dos volúmenes, todas las palabras citadas están en el segundo de ellos.

- Obsesión:** es una idea fija que ofusca el entendimiento
- Oftalmoscopio:** es un aparato que sirve para mirar el ojo por dentro
- Ofuscación** [en realidad **ofuscar**]: consiste en trastornar el entendimiento. *Con las ideas confundidas salí de allí*
- Ventana:** se trata de una abertura más o menos elevada sobre el suelo, que se deja en una pared para dar luz y ventilación. *Me asomé a la abertura*
- Muela cordal:** también llamada del juicio es la que nace en la edad viril en las extremidades de las mandíbulas
- Viril:** *Un funcionario me remitió a varonil*
- idea, preocupación o deseo que alguien no puede apartar de su mente.
- Aparato para examinar el interior del ojo.
- Obcecar, impedir a alguien, por ejemplo en un estado pasional, pensar con claridad.
- Abertura de forma regular dejada o practicada en un muro para que el interior se comuniquen con el exterior.
- Muela cordal. *Muela del juicio.* **M. DEL JUICIO:** Cada una de las que salen en el extremo de las mandíbulas, generalmente ya en edad adulta.
- “Varonil”. De hombre o de hombre adulto. Demostrativo de virtudes propias de hombre: valor, energía, entereza, etc. **S. v. varonil:** (laudatorio). § 1: “Viril”. Propio de hombre. § 2: Como de hombre: ‘Una mujer de aspecto varonil’.
- Idea que con tenaz persistencia asalta la mente.
- Med.* Instrumento para reconocer las partes interiores del ojo.
- § 3, *fig.* Trastornar, conturbar o confundir las ideas. **Ú.t.c.** prnl.
- Abertura más o menos elevada sobre el suelo, que se deja en una pared para dar luz y ventilación.
- § 9.2: **cordal.** Cada una de las que en la edad adulta nacen en las extremidades de las mandíbulas del hombre; § 9.4: **del juicio. muela cordal.**
- Perteneciente o relativo al varón, varonil || 2. **V. edad, miembro viril.**

Son muy pocas las semejanzas que se dan entre las definiciones de Millás y las del diccionario de María Moliner³²; mucho menores que las que se perciben con el académico. Aunque este último tampoco puede ser su fuente directa, como se deduce del hecho de que desde su 20ª edición –de 1984– no se utilice en él el sintagma *edad viril* para la definición de *muela cordal*³³. En la edición 19ª –de 1970– y en las ediciones anteriores a ésta, sí aparece en cambio este sintagma; pero no es en esos diccionarios, sino en otro, muy relacionado con el académico, el *Diccionario ideológico de la lengua española* de D. Julio Casares –publicado en Madrid, por la editorial Gustavo Gili, en dos ediciones³⁴– en el que se basa el escritor.

La comparación entre las definiciones de Millás y las del de Casares, muestran que es este último diccionario –tan utilizado por los escritores, precisamente por la comodidad que supone la organización “ideológica” que añade a la parte meramente definitoria– el que se toma como punto de referencia de esta laberíntica andadura. Veámoslo, manteniendo en la columna primera las definiciones que propone nuestro novelista, pasando ahora a la segunda las del diccionario de Casares y relegando de nuevo a la tercera las de la vigésima edición del repertorio académico:

³² Veremos más adelante que el novelista recurre a este diccionario en un par de ocasiones (en las definiciones de *oftalmoscopio* y *obsesión*), posiblemente descontento de la definición que le proporcionaba el diccionario que le sirvió de base para la mayor parte de sus consultas.

³³ Aunque *varonil* sigue manteniéndose para definir otras palabras en la 21ª edición –de 1992– y naturalmente también en la 20ª –de 1984–: *niñada*, por ejemplo, se define así: “Hecho o dicho impropio de la edad varonil...”. Por otro lado, el adjetivo *viril* referido a la edad, supone evitar el sinónimo *varonil* mucho más claro en su referencia a los hombres, que es el que aparece en el *Dic. de Aut.*, vol. II, Madrid, 1729 (ed. facsímil, Madrid: Gredos, 1984): “CORDAL O CORDALES. Las muelas que suelen nacer en la edad varonil, posteriores, que por otro nombre se llaman del Juicio, ú de la Cordúra, porque nacen en la edad en que la prudencia suele comunmente adornar al hombre. Su raíz es el nombre Cordúra”.

³⁴ La primera la conozco a través de la tercera reimpresión, de 1951, y la segunda, en su publicación de 1959.

Obsesión: es una idea fija que ofusca el entendimiento	§ 2: *Prejuicio o idea fija que *ofusca el entendimiento.	Idea que con tenaz persistencia asalta la mente.
Oftalmoscopio: es un aparato que sirve para mirar el ojo por dentro	Med. Instrumento para reconocer las partes interiores del *ojo.	<i>Med.</i> Instrumento para reconocer las partes interiores del ojo.
Ofuscación [en realidad ofuscar]: consiste en trastornar el entendimiento. <i>Con las ideas confundidas salí de allí</i>	fig. Trastornar el entendimiento, obscurecerlo o confundir las ideas. Ú. t. c. r.	§ 3, <i>fig.</i> Trastornar, conturbar o confundir las ideas. Ú.t.c. prml.
Ventana: se trata de una abertura más o menos elevada sobre el suelo, que se deja en una pared para dar luz y ventilación. <i>Me asomé a la abertura.</i>	Abertura más o menos elevada sobre el suelo, que se deja en una pared para dar luz y ventilación.	Abertura más o menos elevada sobre el suelo, que se deja en una pared para dar luz y ventilación.
Muela cordal: también llamada del juicio es la que nace en la edad viril en las extremidades de las mandíbulas	cordal. Cada una de las que en la edad viril nacen en las extremidades de las mandíbulas [...] del juicio. Muela cordal	§ 9.2: cordal. Cada una de las que en la edad adulta nacen en las extremidades de las mandíbulas del hombre; § 9.4: del juicio. muela cordal.
Viril: <i>Un funcionario me remitió a varonil</i>	*varonil.	Perteneiente o relativo al varón, varonil 2. V. edad, miembro viril.

Con excepción de la definición de *oftalmoscopio* y, en parte, con la de *muela cordal*, para las que parece que se ha recurrido al diccionario de María Moliner, en los demás casos la dependencia con el de Julio Casares es absoluta; y se puede afinar un poco más, hasta precisar que la fuente concreta es la primera edición de ese diccionario. El hecho en sí no es banal, pues explica la existencia en este pequeño texto de un recurso estilístico —concretamente una dilogía— que el autor ha reservado para su propio placer, a sabiendas de que no podría compartirlo con cualquier persona que al leer su artículo no tuviera delante esta edición del diccionario *Ideológico* —es decir, con nadie—; frente al amago de diálogo con el lector

que se supone es connatural con la obra literaria, lo que le interesa al escritor es el acto mismo de escritura. Cuando el protagonista de la historia gira “a la derecha en obtuso” y atraviesa *occisión* y *océano*, ese giro no se ve por ningún lado en la segunda edición del diccionario, pues se ha de pasar la página para encontrar *obtuso* en la siguiente; mientras que las cosas son distintas en la primera edición: allí *obtuso* está situado en la misma página que *obsesión*, pero por encima de ella, a la derecha, de manera que si trazáramos una línea de un lema al otro, formaría con *obtuso* un ángulo obtuso. Ese giro en *obtuso*, visto desde el punto de mira de la primera edición del *Diccionario ideológico*, es un juego de palabras –se hace en la palabra *obtuso* y formando además un ángulo obtuso– que el lector puede entender solo si cuenta con la complicidad del propio diccionario: éste deja de ser el pretexto de un artículo de circunstancias, y pasa a formar parte de la propia realidad construida por el novelista.

Se juega, en efecto, con el diccionario, pero se hace de una forma tan sutil que pasa desapercibida a quien no lo vaya confrontando paso a paso con el texto. Con el diccionario delante, se ve cómo en un caso algunos elementos de la definición están integrados en la propia narración por el novelista, que salta así de *ofuscar* –que “consiste en trastornar el entendimiento”– a *venera*, y lo hace “con las ideas confundidas”, a causa del contagio³⁵ que ha tenido por el significado de aquella palabra. Este contagio entre las palabras le lleva a combinarlas atendiendo cuidadosamente a su significado, de forma que puede *detenerse un rato* en *obsesión*, porque en la definición de esta última voz se hace referencia a que es una idea fija, en la que, por tanto, lo propio es detenerse; si para hacer una *incisión* ha de *atravesarse* la piel y los barcos *atraviesan* el *océano*, *atravesar* es el verbo que el novelista ha aplicado a estas dos palabras; una vez que Millás *alcanza* luego la *ventana* se atreve a contemplar irónicamente el comienzo de su definición –“se trata de una *abertura* más o menos elevada...”– *asomándose* a una *abertura*, desde la que entra en contacto con ese mundo exterior de la lluvia, del otoño, de la tristeza; para llegar finalmente a convertir una remisión lexicográfica en un auténtico recorrido por las ventanillas de la burocracia, según veremos en el apartado siguiente.

³⁵ A este contagio del significado de las palabras se refiere K. Marín, *El País*, 2.5.99, “domingo”, p. 14, al explicar que J. J. Millás “dijo que la composición alfabética de los prospectos le hacía tal efecto que cuando leía *ansiolítico* sentía un auténtico calambre de felicidad, mientras que la sola visión de *anfetamina* le ponía muy nervioso”.

3. LA TÉCNICA LEXICOGRAFÍA

La pasión de Millás por el diccionario le ha permitido salir del laberinto del orden alfabético, para mostrarnos algunos de los engranajes de este tipo de textos y darnos a través de ello una lección de lexicografía. Muchas obras literarias se escriben con el pie forzado del ritmo o la rima, o de ambos, o con otros más extraños, como puede serlo evitar cualquier palabra que contenga una letra determinada, por ejemplo la letra *a*... El pie forzado en esta pequeña colaboración periodística es el diccionario, y no menos coactivo, en cuanto que, según hemos visto, no es solo el telón de fondo de una determinada aventura narrativa, sino a la vez un objeto que el escritor se complace en mostrárnoslo a través de alguno de sus rasgos más importantes.

Para comenzar, traduce adecuadamente –por *es una, es un, consiste en, se trata de una, es*– el conectivo que separa en forma de dos puntos, o de punto, el lema –la mención del signo– de su contenido proposicional³⁶. Y se atreve además a dar –a través de la remisión a *viril*– una desenfadada lección sobre un procedimiento con el que los lexicógrafos buscamos relacionar distintas palabras, pero que quienes consultan el diccionario lo toman como una enojosa e inútil dilación para llegar hasta el significado de una voz; de ahí que esté muy bien traído ese funcionario que nos indica una ventanilla en la que tendremos no poca suerte si logramos librarnos del “vuelva usted mañana”.

Por otro lado, Millás realiza el mismo esfuerzo que haría un lexicógrafo, dejando de lado el diccionario que tiene delante, para acudir a otro –al de María Moliner–, donde encuentra que *muela cordal* se explica por el sintagma más común *muela del juicio* (a diferencia de lo que hace el diccionario de Casares, donde se remite en este caso de lo más conocido a lo menos conocido); y vuelve a apartarse el novelista del *Diccionario*

³⁶ “En el artículo lexicográfico, la palabra que constituye la entrada, el *lema*, es una *mención* del signo [...] Es decir, el acto verbal comienza por la *cita* de un vocablo, acerca del cual se da una respuesta. El resto de las proposiciones que siguen al lema [...] constituyen el contenido proposicional del acto, conectado al lema mediante lo que podríamos llamar un “conectivo de lengua” (no en vano la mayoría de los lexicógrafos contemporáneos hablan de una elisión del verbo *significar* en el espacio en blanco entre la entrada y la microestructura del artículo lexicográfico). Este conectivo [...] tiene [un] [...] carácter que consiste en afirmar que la relación entre ambos es verdadera”, L. F. de Lara: *Dimensiones de la lexicografía*, México, 1990, p. 35.

ideológico y vuelve a acudir al de María Moliner para mejorar la definición de *oftalmoscopio*, que se sitúa en aquel diccionario entre los instrumentos, y, en este último, entre los aparatos. El hecho es que, mientras un *bisturí* o un *tenedor* suelen encuadrarse dentro del conjunto de los instrumentos, un *microscopio*, un *telescopio*, un *escáner*, se clasifican normalmente entre los *aparatos*; incluso un *lavavajillas* es un aparato –si bien electrodoméstico. Los lexicógrafos clasificamos los objetos, pero a través de la organización que los hablantes hacen de ellos en la realidad de su lengua³⁷: por este motivo evita Millás definir *oftalmoscopio* como *instrumento* –frente a lo que hacen otros diccionarios– o como *ingenio* –a diferencia de lo que podría hacer con un *cohete tierra-aire*– o como *artilugio* –que serviría, en cambio, para clasificar una lámpara que yo lograra construir, que funcionara a la vez como despertador y como medio para calentar el desayuno–; aunque no solo somos los lexicógrafos quienes procedemos así, pues hay lenguas que presentan los nombres dentro de una clase³⁸. Aunque si J. J. Millás no se siente a gusto con la categoría significativa en que Julio Casares sitúa *oftalmoscopio*, tampoco se siente satisfecho con la segunda parte de la definición con que se topa en el diccionario de María Moliner, por lo que la altera, simplificándola en “para mirar el ojo por dentro”, y deja de lado: “para examinar el interior del ojo”, que aparece en aquel diccionario. Opta por la sencillez, por la que no suele apostar la lexicografía española más preocupada por la precisión en el metalenguaje de la definición, que en facilitar al lector la comprensión del significado de una voz³⁹.

Me refería más arriba a que el novelista parecía actuar irónicamente a propósito de *ventana*, definida así en el diccionario de Casares: “Abertura

³⁷ J. A. Pascual: “La coherencia en los diccionarios de uso”, en: E. Forgas, coord., *Léxico y diccionarios*, Tarragona: Universitat Rovira i Virgili, 1996, 167-198, § 2.

³⁸ En ellas *tres martillos* se expresaría: “tres herramientas, es decir, martillos”, S. Pinker: *L’instinct du langage*, trad. por M. F. Desjeux, Paris: Editions Odile Jakob, 1999 [el original en inglés es de 1994], p. 231.

³⁹ J. A. Pascual: “La coherencia...”, § 4. Son los objetivos de un diccionario los que obligan a los lexicógrafos a elegir entre la precisión y la sencillez. C. J. Cela hace, con absoluta razón, la siguiente crítica al diccionario académico: “¡Qué innoble resulta decir que se fabrica lo que se destila! [a propósito de la definición de *cazalla*]”, *ABC*, 10.2.95, p. 15, porque ese diccionario, por sus objetivos, debería precisar que cuando lo que se fabrica es una bebida alcohólica, el verbo indicado es *destilar*. Claro está que un diccionario cuyo objetivo fuera servir para quienes se inician en el aprendizaje del español como lengua segunda, la definición académica resultaría adecuada, porque, al ser *fabricar* un verbo más usual que *destilar*, ello facilitaría la comprensión de la definición.

más o menos elevada sobre el suelo, que se deja en una pared para dar luz y ventilación"; el recurso a *abertura* —a *vano* en el caso de puerta o *agujero* en el de gatera— nos sitúa ante uno de los problemas que no se suelen tomar en cuenta en el campo de la definición, porque estamos demasiado ocupados los lexicógrafos en acoger los hipónimos bajo el paraguas protector de los correspondientes hiperónimos —o, si se prefiere, incluir las especies en los géneros correspondientes—⁴⁰. Se ha podido así decir que:

El hipotético diccionario que estuviera constituido únicamente por definiciones hiperonímicas con un índice mínimo de circularidad sería probablemente el diccionario perfecto⁴¹.

Es una razonable simplificación —razonable, ciertamente, pero una simplificación—, porque hay otros tipos de palabras que tendríamos que organizar de manera distinta: es el caso de los que se conocen como *merónimos*⁴², es decir aquellas voces que el hablante contempla preferentemente como una parte de otra unidad: una ventana, un ojal, una gatera —la ventana, de una pared; el ojal, de una camisa; la gatera, de una puerta—, más que como un determinado tipo de agujeros. Este es el motivo por el que muchos diccionarios del español y de otras lenguas explican que la *mano* es una parte del cuerpo y solo después se refieren —o no— a su condición de órgano. J. J. Millás parece haber percibido claramente la mala inserción de *ventana* entre las aberturas, porque no es así como los hablantes solemos clasificar esta voz, que vemos como una parte de una pared. No es ésta la única vez que el novelista muestra las dificultades de encajar los significados más particulares dentro de los más generales de las palabras, a causa de la necesidad de contar también con las relaciones de semejanza entre ellas; el

⁴⁰ Es el resultado de las ideas clasificatorias de Aristóteles, que Condillac explicaba así: "A mesure que nous acquérons des connoissances, nous sommes obligés de les distribuer dans les différentes classes: nous n'avons pas d'autres moyens pour metre de l'ordre entre elles. Les classes les moins générales comprennent les individus, et on les nomme espèces par rappor aux classes plus générales, qu'on nomme genres. Les classes qui sont des genres, par rapport à celles qui leur sont subordonnées, deviennent elles-mêmes des espèces, par rapport à d'autres classes plus générales qu'elles; et c'est ainsi qu'on arrive de classes en classes à un genre qui les comprend toutes", Condillac: *Traité des systèmes*, Paris: Librairie Économique, 1805, pp. 11 y 12.

⁴¹ I. Bosque: "Sobre la teoría de la definición lexicográfica", *Verba*, 9 (1982), p. 107.

⁴² Vid. D. A. Cruse: *Lexical Semantics*. Cambridge: Cambridge University Press, 1986, pp.157 y ss.

siguiente texto es una prueba de esa insatisfacción, ante las dificultades que existen para clasificar una voz como *libro*⁴³:

El libro es uno de los objetos más raros inventados por el hombre, ya que no reproduce ninguna parte de su anatomía. Las grúas, los automóviles, los cajeros automáticos, las licuadoras, los armarios, están hechos a imagen y semejanza nuestra o de una parte de nosotros. Pero el libro parece un artefacto traído de otro mundo, no ya por la rareza de que ya no sea asimilable al cuerpo humano ni a ninguna de sus vísceras, sino porque aún lo enormemente complejo con lo desmedidamente simple⁴⁴.

4. LA REALIDAD EN LOS DICCIONARIOS: *VIRIL* Y *MANDÍBULA*

Aunque los lexicógrafos solemos distinguir entre los diccionarios que se llaman de lengua y los enciclopédicos, unos y otros tratan de acercarse a la realidad sin dar la espalda a las ideas científicas de una época; es decir, no comparten con Sherlock Holmes su desinterés por el mecanismo real con el que se producen los hechos físicos, del que nacía su “absoluta indiferencia por la cuestión de si es el Sol el que se mueve alrededor de la Tierra o es la Tierra la que se mueve alrededor del Sol”⁴⁵.

Jugar con la definición que se da a *muela cordal* en el diccionario de Casares no es solo un recurso humorístico para amenizar la lectura de este pequeño texto, sino que supone además una crítica a la falta de sentido común en la presentación de la realidad, que a veces afecta a los diccionarios. La Academia, tan remisa a romper con los significados autorizados por los escritores, no ha dudado en este caso en abandonar la referencia a la edad joven por medio de *viril*, posiblemente por los mismos criterios por los que el autor de este texto se burla de esta definición, pues los hombres y las mujeres comparten la posibilidad de tener muelas del juicio.

⁴³ Además de coincidir con algunos semantistas en fijarse en el cuerpo humano como punto de partida de diversas creaciones semánticas de tipo metafórico; *vid. así*, E. Sweetser: *From etymology to pragmatics. Metaphorical and cultural aspects of semantic structure*, Cambridge: Cambridge University Press, 1990.

⁴⁴ J. J. Millás, *El País*, 26.6.98, p. 80.

⁴⁵ Se lo recordaba el Dr. Watson al propio detective, en C. Doyle: *El sabueso de Baskerville*, Madrid: Orbis, 1987, p. 268.

Ciertamente, al existir *varonil*, se ha podido jugar con el significado de *viril*, ampliando la posibilidad de que se pueda aplicar también a las mujeres, en casos como el siguiente, que creo haber leído en un poeta romántico: “el pecho viril de una africana”⁴⁶; pero, con todo y con eso, se trata de un empleo marcado, formal, que puede crear algún equívoco y que, además, se ha aprovechado para salir del paso de algunas incomodidades que se derivan de las referencias a la edad, porque permite que nos situemos en ese espacio impreciso de lo que no es la infancia ni la vejez, tal y como lo aprendimos tantos españoles en el *Juanito*, un libro que no sólo ha conformado nuestra manera de ver la realidad, sino también de organizarla en los diccionarios:

El hombre sano y de edad viril duerme por lo común de siete a ocho horas; los niños acostumbran a dormir de nueve a diez; y los ancianos de cuatro a seis⁴⁷.

Esta situación de viril a medio camino entre la infancia y la vejez, como si de un político centrista se tratara, explica la imprecisión denotativa de un término para cuyo significado se puede regatear hacia abajo, como vemos en el siguiente ejemplo en que Gómez Manrique se dirige así al Príncipe Alfonso que cumple catorce años:

despidiéndose vuestra excelencia de la pasada niñez, entrava en la hedad viril, que es de los catorze años arriba⁴⁸.

⁴⁶ Si bien el valor que tiene el adj. *viril*, aplicado a las mujeres es distinto: “Vanessa Redgrave presenta en Santander una Cleopatra seductora, guerrera y viril” (V. Molina Foix, *El País*, 23.8.95, p. 19): no hay duda de que se trata de una mujer que se comporta como un hombre, según se deduce del cuerpo del texto: “Cleopatra, vestida casi toda la obra con botas altas, calzones y gola, viriloide y fumadora de cigarros en el mundo de hombres en que quisiera intervenir...”. No me parece inoportuno, a este respecto, traer a colación el siguiente texto: “... presumir de hombría, cuando no hay lenguaje para presumir de mujería. *Mujerío* existe, pero es para designar a un amplio grupo de mujeres. Vilaseca, ilustre autor del himno a Piedralaves [...] nos decía: “A mí lo que me está perdiendo es el mujerío” [...] Supongo que se podría aplicar también a la mujer: “Loyola de Palacio tiene mucha hombría de bien”. Como ejemplo. O Isabel Tocino. Yo mismo, a veces, me siento una buena mujer, como las que salen en los cuentos y el andarín les dice: “Buena mujer, ¿podría usted darme un poco de agua...?””, E. Haro Tecglen, *El País*, 24.1.97, p. 61.

⁴⁷ L. A. Paravicini: *Juanito*, versión de T. A. Gallissá y M. Carderera, Barcelona: Imprenta Elzevieriana y Librería Camf, 1942, p. 47.

⁴⁸ A. Paz y Melia: *Gómez Manrique. Cancionero*, Madrid: Imprenta de D. A. Pérez Dubrulle, 1886, Gómez Manrique, p.123. En nota da la variante *puerilidad* en un manuscrito de la Biblioteca Nacional.

O hacia arriba, en este otro de Fr. Antonio de Guevara:

murió nuestra infancia, murió nuestra puericia, murió nuestra juventud, murió nuestra viril edad, y muere y morirá nuestra senectud⁴⁹.

Habiendo tropezado el novelista con *muela viril*, era normal, en cambio, que no se diera cuenta de que se puede tropezar también, aunque por otros motivos, en el uso de “las mandíbulas”, en plural, que mantienen los tres diccionarios que he ido citando: el de la Academia, el *Diccionario de uso* de María Moliner y el *Diccionario ideológico* de Julio Casares. En los tres la muela del juicio nace en “las extremidades de las mandíbulas”. Lo que significa que consideran *mandíbula* tal y como está definida en la 1ª ac. del diccionario académico: “Cada una de las dos piezas, óseas o cartilaginosas, que limitan la boca de los animales vertebrados y en las cuales están implantados los dientes”, o con la 1ª ac. de *quijada* en ese mismo diccionario: “Cada una de las dos mandíbulas de los vertebrados que tienen dientes; *maxilar inferior*”. Tan mandíbula es, pues, la de arriba como la de abajo.

Y, sin embargo, no todo el mundo da a *mandíbula* ese significado: para algunas personas hace referencia, tratándose de la de los seres humanos, solo al “hueso plano y móvil, situado en la parte inferior de la cara; tiene forma de herradura y en él se encuentran las muelas y dientes inferiores”⁵⁰. Por ello, para estos últimos, esta voz puede referirse, solo por extensión, al maxilar superior, llamándolo *mandíbula superior*: es el valor que los médicos dan a esta palabra; por eso don Pío Baroja, que era médico, se refiere, que yo recuerde, solo a una única mandíbula, la inferior: “le puso en la cara un pañuelo negro para sujetarle la mandíbula”⁵¹; “la mandíbula desarrollada”⁵². Pero hemos de dejar hasta aquí este problema, que excede a las preocupaciones de un novelista y a los intereses actuales de este lexicógrafo.

⁴⁹ Fr. Antonio de Guevara, *Relox de príncipes*, de. de E. Blanco, Madrid: ABL Editor, 1994, p. 946. En otras ocasiones no duda el obispo de Mondoñedo en ahorrarse esta viril edad, reduciendo las etapas de la vida a la infancia, puericia, juventud, senectud y edad decrepita (*Op. cit.* p. 964).

⁵⁰ Es la primera acepción del *Diccionario del español usual en México*, dir. por L. F. Lara, México: El Colegio de México, 1996, s.v.

⁵¹ P. Baroja, *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox*, en: *Obras completas*, Madrid: Biblioteca Nueva, II, 1947, p. 90.

⁵² P. Baroja, *La casa de Aizgorri*, en: *Obras completas...*, II, 1946, p. 16.

6. A MODO DE CONCLUSIÓN

En este recorrido que hemos hecho acompañando a J. J. Millás en su viaje a través de unas cuantas palabras, lo de menos son los diccionarios concretos —el de Casares, pero también el de María Moliner y el Espasa— de que se ha servido para construir su pequeño artículo⁵³; lo que me parece importante comprobar es su profundo conocimiento de lo que es un diccionario, y tanto que ello le permite construir con él una parte de su mundo fictivo. Es una buena respuesta a la pregunta que se hacía Harald Weinreich hace ya más de veinte años:

existe realmente aquele leitor a ler no dicionario dos irmãos Grimm, ou no seu equivalente francês, como num livro?⁵⁴

Porque hay al menos un escritor que no solo lee con placer el diccionario, sino que logra convertirlo en carne de algunas de sus obras.

No es pequeña cosa cuando hace unos cuantos siglos un personaje de una obra shakespeariana se atrevía a pedir la muerte para quien estaba rodeado de personas que hablaban constantemente de *nombres y verbos*⁵⁵. Se entenderá, por ello, el placer que me produce festejar con este comentario sobre un texto tan grato para los lingüistas, una obra como la del profesor Rabanales, tan importante para el conocimiento de nuestra lengua común.

⁵³ Igual que pueden leerse bien las novelas de Faulkner o Benet sin haber visitado —por motivos que no es necesario explicar— el condado de Yoknapatawpha o Región.

⁵⁴ En H. Weinreich: "A verdade dos dicionários", en VVAA.: *Problemas de lexicología e lexicografia*, Porto, Livraria Civil. Editora, 1979 [el orig. alemán es de 1976], p. 315.

⁵⁵ Vid. S. Pinker, *Op. cit.*, pp. 100-101.